

#36

fuera en mí tan rápida o más que la de las palabras de que se compone el lenguaje usual. Y esto es fácil de comprender, puesto que los signos musicales y sus diversas relaciones son infinitamente más limitados que las palabras (signos de objetos o de ideas) y sus enlaces en la formación del lenguaje.

No hablaba yo aún cuando distinguía y reconocía ya perfectamente no sólo los diferentes aires sino también las diferencias de expresión y de sentimiento con que era mecido mi oído. Voy a referir una prueba curiosa.

Todos los que tienen un conocimiento siquiera elemental de la música, saben que hay una nota que se llama *ut* o *do*, y que la *gama* es una escala de sonidos, cuyo sonido inicial o *fundamental* se reproduce a la octava y concluye la gama misma. Se sabe además que la gama es *mayor* o *menor*, según que la 3.<sup>a</sup> y la 6.<sup>a</sup> grada forman con el sonido fundamental un *intervalo* mayor o menor. El intervalo mayor afecta el oído de un modo alegre, mientras que el menor produce más bien una impresión de melancolía o tristeza.

Un día, entre los aires que yo tenía ocasión de oír bajo nuestras ventanas y que constituyen esa colección de melopeas populares conocidas bajo el nombre de *gritos de París*, noté uno que me pareció probablemente de un carácter más triste que los otros y me volví hacia mi madre y exclamé, en los términos del vocabulario infantil de que yo comenzaba a servirme: ¡Mamá, mamá, canta en *do que llora!* El aire, en efecto, pertenecía a la gama menor. Yo no había cumplido los tres años.

He contado esta anécdota infantil, solamente porque ella muestra hasta qué punto el niño puede ser fácil y justamente impresionado por las relaciones de los sonidos cuando su oído ha sido habituado a ello